

UNA VISIÓN PERSONAL DEL LIBRO DE CIENCIA

A PERSONAL TAKE ON THE SCIENCE BOOK

Carles Lalueza Fox

Tres de los escritores preferidos del autor de este artículo, a su vez escritor y científico, son Stephen Jay Gould, Richard Dawkins y Jared Diamond porque, según nos dirá, estos autores son capaces de construir hipótesis, reflejar inquietudes sociales a la vez que actuar como referentes históricos, del mismo modo como Dickens nos permite conocer la Inglaterra Victoriana. A continuación, incluye un sucinto análisis de la situación de la divulgación científica literaria e institucional en nuestro país.

Three of this author's favourite writers –himself a writer and a scientist– are Stephen Jay Gould, Richard Dawkins and Jared Diamond because, as he tells us, they are able to construct hypotheses and reflect social concerns while acting as historical references, in much the same way as Dickens provides us with knowledge about Victorian England. He provides a succinct analysis of the state of literary and institutional science popularisation in Spain.

20 **D**ecía Borges que los periódicos se leen para el olvido, y los libros para la memoria. Sería lícito preguntarse qué ocurre con géneros más específicos, como los libros de divulgación científica, destinados a transmitir los conocimientos publicados en revistas científicas especializadas al público general no especializado. La propia velocidad a la que se genera el conocimiento amenaza continuamente en dejar obsoletos estos libros (por ejemplo, el clásico de Schrödinger *Qué es la vida*, anterior al descubrimiento del código genético de 1953, debe leerse necesariamente con grandes dosis de benevolencia). La categoría de clásicos de algunos de ellos, incluso del primero, *El origen de las especies* de Darwin, sólo significa en la práctica que casi nadie los lee. Además, se ha argumentado que los libros de divulgación científica, aunque emplean recursos literarios (sólo hace falta recordar la metáfora del DNA como «el código de la vida» o «el lenguaje con que Dios escribió la vida», en palabras del presidente Clinton), no pueden llegar a los niveles de calidad de las obras maestras de la literatura. Es posible. Y sin embargo, cuán difícil es que un clásico de narrativa o poesía pueda influir-

nos tanto, y cambiar tanto nuestra forma de pensar y de contemplar el mundo, como un buen libro de divulgación científica.

De forma necesariamente subjetiva, mis tres libros preferidos son, quizá, *La falsa medida del hombre*, de Stephen Jay Gould; *El gen egoísta*, de Richard Dawkins, y *Armas, gérmenes y acero*, de Jared Diamond. Es posible que algunas de sus conclusiones hayan sido rebatidas por nuevas evidencias, y es posible discrepar, lógicamente, de sus postulados (incidentalmente, el lector habrá percibido que Gould y Dawkins mantienen puntos de vista completamente enfrentados sobre la naturaleza humana y que por tanto es paradójico que ambos puedan gustar simultáneamente). Sin embargo, creo firmemente que estos y otros libros de divulgación científica permanecerán, sencillamente porque no sólo construyen hipótesis que generan actitudes y cambios de enfoque que perduran y marcan una época, sino porque reflejan también las inquietudes sociales del momento y actúan, por tanto, como referentes históricos, de la misma manera que necesitamos leer a Dickens para entender la Inglaterra Victoriana (o entender la Inglaterra Victoriana para leer a Dickens).

En mi caso, me ha interesado escribir sobre temas que pueden parecer heterogéneos, como la recuperación de material genético de especies extinguidas y seres del pasado (*Missatges del passat*, Edicions Bromera), el intento de la ciencia antropológica de categorizar a los humanos en «normales» y «anormales» (*Dioses y monstruos*, Rubes Editorial) y de estructurar y jerarquizar la diversidad humana (*Races, racisme i diversitat*, Edicions Bromera), el significado biológico, genético e ideológico de la pigmentación humana (*El color sota la pell*, Rubes Editorial), el sentido ético de preservar la biodiversidad (*El bestiari extingit*, Pagès Editors) o la subjetividad de algunas controversias tradicionales sobre la evolución humana (*Genes de Neandertal*, Editorial Síntesis). En realidad, todos estos temas mantienen una cierta coherencia porque sitúan al ser humano como centro del debate científico (también decía Borges que siempre se escribe el mismo libro). Me interesan tanto los resultados científicos como las posibles repercusiones sociales y culturales que pueden provocar, así como la posibilidad que proporciona la ciencia tanto de desenmascarar prejuicios casi invisibles como de generar otros nuevos. Por otra parte, la ciencia está modelando nuestra sociedad y su importancia en la interpretación de la realidad no deja-

rá de aumentar, hasta el punto de influir no sólo en aspectos prácticos de la vida cotidiana sino en aspectos filosóficos fundamentales de la visión que tenemos de nosotros mismos; debemos aceptar que, para poder entender nuestro mundo, tendremos que ser personas científicamente informadas. No puede haber intelectuales que no lean ciencia (o puede haberlos, al fin y al cabo intelectual es una autotitulación, pero entonces sus opiniones no tendrán ningún interés).

Pero la ciencia es una institución social como cualquier otra, que necesita del dinero para funcionar, y frecuentemente ni sus objetivos son puramente altruistas, ni sus resultados son totalmente objetivos. La controversia es inherente al progreso científico, algo que frecuentemente la gente no entiende o lo percibe como algo negativo; por esto, no basta con leer un libro de ciencia y creer (porque la letra impresa sacraliza las opiniones), sino que hay que desarrollar desde la educación primaria (y no digamos ya universitaria) un espíritu crítico que nos permita entender y opinar. Si no, otros decidirán por nosotros.

Lamentablemente, el panorama español es más bien desolador, como bien saben autores y editores, y, caso de no cambiar, nos augura la permanencia de nuestro país en la segunda división mundial. En España no

Carles Lalueza Fox



Doctor en Biología y profesor titular de la Unidad de Antropología, Facultad de Biología de la Universidad de Barcelona, es especialista en estudios de paleogenética. Ha publicado diversos libros de divulgación científica, entre ellos *Missatges del passat* (Edicions Bromera), *Dioses y monstruos* (Rubes Editorial), *Races, racisme i diversitat* (Edicions Bromera), *El color sota la pell* (Rubes Editorial), *El Bestiari extingit* (Pagès Editors) y *Genes de Neandertal* (Editorial Síntesis). Ha ganado el VII Premi Europeu de Divulgació Científica (2001, Universitat de València), el VII Premi de Comunicació Científica de la Fundació Catalana per a la Recerca (2002), el 1º Premio Internacional de Ensayo Esteban de Terreros (2005, FECYT) y el XVIII Premio Prismas Casa de las Ciencias de La Coruña (2005).

carles.lalueza@upf.edu

se lee en general, y no se lee ciencia en particular. Hay algunos indicadores evidentes; por ejemplo, la tarea de comunicación científica no sólo no está valorada a nivel universitario, sino que frecuentemente se considera un demérito ya que se asume que quien divulga lo hace robando tiempo a la investigación. Es obvio que para estimular a los científicos a divulgar la ciencia, debería al menos promocionarse la comunicación científica en un apartado propio de los curriculums oficiales del ministerio. No estoy afirmando, sin embargo, que los mejores científicos sean también los mejores divulgadores, y de hecho no hace falta ser científico para ser un buen divulgador. En realidad, la única condición clave para ser un escritor de ciencia es haber leído (y no sólo ciencia), porque todo escritor es primariamente un lector.

Por otra parte, existen pocas editoriales que publiquen libros de divulgación científica, y muy pocas colecciones que hayan sobrepasado un cierto número de ejemplares y demuestren una cierta solvencia en el mercado. En las librerías nacionales, al contrario de lo que ocurre en países más avanzados como Reino Unido y Estados Unidos, no existen apartados –salvo contadas excepciones– dedicados a ciencia o divulgación científica, sino que los escasos libros de ciencia se confunden con los de esoterismo, los de kamasutra y los de autoayuda. Obviamente, son visiones diferentes de interpretar la realidad y cada uno es libre de escoger la que prefiere (incluso podríamos pensar que el universo de Lovecraft es más comprensible que el del Big Bang y los agujeros negros), pero hay que tener claro que la ciencia intenta aproximarse a la verdad de las cosas y el esoterismo únicamente intenta aproximarse al bolsillo de la gente.

A pesar de la luz oscura (por copiar el oxímoron final de Víctor Hugo) que ilumina este paisaje, hay también razones para el optimismo. La integración del sistema universitario a escala de Europa, donde la comunicación científica tiene más tradición y está, por tanto, más consolidada, y la promoción de la comunicación de la ciencia desde organismos oficiales y fundaciones como la Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología (FECYT) o la Fundació Catalana per a la Recerca i la Innovació (FCRI), a veces desde la convocatoria de premios de comunicación científica, son elementos

que ayudarán a mejorar la difusión de la ciencia en nuestro país. El hecho de que existan vocaciones para dedicarse a la divulgación de la ciencia entre los estudiantes y el éxito de másters de comunicación científica como el promovido desde hace 11 años por el Observatori de Comunicació Científica de la Universitat Pompeu Fabra de Barcelona sugieren que hay una inquietud sobre este tema que trasciende a las propias limitaciones del espacio editorial. Es necesario, también, promover espacios de ciencia en formatos audiovisuales y en otros menos convencionales; en Estados Unidos y Reino Unido, por ejemplo, existen científicos que mantienen *blogs* muy activos donde intercambian ideas con el público sobre temas relacionados con sus disciplinas.

Hace tiempo que se percibe como una necesidad que nuestro país aumente significativamente el dinero público dedicado a la investigación; creo que es evidente que también debería incrementarse de forma paralela el dinero dedicado a la comunicación científica. De esta manera, se completaría un circuito de retroalimentación que ahora mismo permanece incompleto; el dinero aportado desde la sociedad para investigar, sería devuelto a ésta en forma de conocimiento. Y el conocimiento siempre nos hará más libres.

«La comunicación científica no sólo no está valorada en el ámbito universitario, sino que frecuentemente se considera un demérito, ya que se asume que quien divulga lo hace robando tiempo a la investigación.»